POBREZA E INDIGENCIA

Si en los países desarrollados lo que más caracteriza al sin techo es su aislamiento, sin lazos sociales ni familiares, en cambio, paradójicamente es más posible sobrevivir sin tener casa de partida en los países en desarrollo en América Latina, África y Asia, aunque sea en lugares de fuerte topografía inclinada o áreas inundables, contaminadas, sin servicios y lejos de los centros, que en los países de las sociedades del bienestar. En América Latina, donde los sin techo son multitud y pueden agruparse y organizarse, la población total pasó entre 1960 y 2000 de 240 a 480 millones. Sin embargo, en estos 40 años la población en urbanizaciones marginales se multiplicó por cinco. No se trata de indigentes, sino de pobres que forman una sociedad y que se organizan en redes para hacer ocupaciones de terrenos en el extrarradio de ciudades como Lima, Ciudad de México, Caracas, Bogotá o Buenos Aires, y realizar una construcción social del hábitat. Desde el reglamentismo y las reglas burocráticas, estos barrios, que en muchos casos puedan albergar a más de la mitad de la población de una ciudad, son llamados marginales, menospreciados por deber su origen a un sistema de autoconstrucción, teniendo en cada país una denominación diferenciadora: villas miseria, poblados jóvenes, *favelas* o *bidonvilles*.

En las sociedades opulentas se considera al indigente como un sujeto aislado y peligroso que debe ser erradicado del pretendido escenario de lujo. En la lujosa y futurista ciudad de Vancouver en Canadá, cerca del casco histórico, en el cruce entre Hastings y Main Street, justo al lado de teatros, museos y tiendas de lujo, en un par de manzanas abandonadas y deterioradas, malviven confinados centenares de sin techo, marginados y drogodependientes.

Por mucho que se escondan, las vulnerabilidades urbanas están en aumento y el perfil del sin techo en los países desarrollados se va ampliando del más común —hombres solos de mediana edad—, a muchos otros perfiles como mujeres solas y con hijos, jóvenes e inmigrantes.

Tal como ha escrito Margaret Kohn,[13] frente al fenómeno de los sin techo esencialmente caben tres posiciones: la liberal, que tiende a zonificar el problema, confinando a los sin techo a zonas estratégicas, remitiéndose sin piedad a la legalidad vigente y restringiendo los usos del espacio público; la romántica, que en la literatura, el cine o las crónicas ha convertido al sin techo en un héroe que supuestamente ha elegido un modo de vida libre, mitificando su condición de vida nómada; y la democrática, que considera que debe visibilizarse y entenderse de un modo realista el problema de los sin techo, otorgándoles un rostro real, reconociendo las historias concretas de cada persona marginada y defendiendo su derecho a una vida digna, y por tanto, a tener una casa, y si ello no es posible, a habitar temporalmente el espacio público o un centro de acogida. Por tanto, no se trata de excluirlos, ni de convertirlos en héroes, sino de visibilizarlos y reconocerlos como personas concretas, defender sus derechos y construir ciudades y arquitecturas que también piensen en ellos.

[13] Kohn, Margaret, *Brave New Neighborhoods. The Privatization of Public Space*, Routledge, Nueva York/Londres, 2004.

© Josep Maria Montaner, Zaida Muxí

© Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2011

Printed in Spain
ISBN: 978-84-252-2437-9
Depósito legal: B. 28.254-2011
Impresión: Gráficas 92, SA, Rubí (Barcelona)

LA FUNCIÓN DEL ARQUITECTO

A principios del siglo XXI, en este contexto de monopolio del poder económico, la función del arquitecto se ha vuelto más ambigua y ambivalente. Ha tendido a convertirse en un sirviente de los intereses del poder privado y de la ideología del poder público, lo que le anula intrínsecamente las posibilidades de desarrollo de una cultura crítica, pues de hacerlo en el contexto de la sociedad neoliberal se arriesga a quedarse sin su fuente de trabajo. Aunque el arquitecto siga defendiendo su papel cultural y social, en realidad cierto tipo de práctica de la profesión se ha convertido en incompatible con el ejercicio de la crítica. Incluso la información sobre arquitectura ha pasado a estar dominada por *lobbies* de presión e intereses.

Lo que denominamos crisis de la profesión es una consecuencia de los desajustes entre la cultura y la formación del arquitecto y lo que la sociedad neoliberal demanda de ellos y ellas, de la contraposición entre un modelo universitario para formar élites y el proceso de democratización de acceso a la universidad. Los perfiles profesionales que se forman continúan basándose en la falsa pertenencia a un grupo de excelencia, que trabaja para uno de los sectores más favorecidos y, por tanto, se educa a servidores del poder, cuya actuación hacia los "otros" es siempre asistencial y desde instancias superiores. El gran reto actual es formar universitarios que fortalezcan las sociedades democráticas y más justas del siglo XXI.

En este sentido, se perfilan diversas posiciones que tienden a polarizarse en dos extremos: por un lado, aquellos arquitectos que quieren ser fieles al statu quo, a sus clientes y amos y, por otro, quienes intentan mejorar la vida de las personas. Si lo que se quiere es ser un arquitecto reconocido y publicado en los medios a toda costa, este se verá abocado a ser fiel a los poderosos y a ir adoptando con impostura los mensajes que los medios y grupos de presión tienden a promocionar. Si el arquitecto quiere ser leal a su función social, se ve impulsado a superar sus coordenadas profesionales, industriales y comerciales para poder hacer un trabajo auténticamente culto y crítico, multidisciplinar y colectivo que participe en proyectos sociales y de cooperación.

Por ejemplo, es de vital importancia desenmascarar a quienes, dedicados a integrarse en su papel de servidores del poder y de los intereses inmobiliarios, recurren a la impostura, a la hipocresía y los falsos argumentos para justificarse, utilizando legitimaciones falsas y ajenas a la realidad de las obras como la sostenibilidad, la sociabilidad y la vanguardia. Deberían reconocer

abiertamente que su obra entra en una lógica de control y dominio, de explotación y especulación, que son arquitectos de los poderosos.

En este sentido, todo arquitecto que proyecte hoy un edificio público —un aeropuerto, un museo o un centro comercial— debe saber que los espacios y medios de control son tan importantes que influyen en el proyecto de manera muy distinta a como lo han hecho hasta hace pocas décadas, especialmente en sus accesos y vestíbulos. Las cuestiones de la seguridad y el control han pasado a un lugar prioritario, y resultaría hipócrita seguir proyectando sin querer reconocerlo. En consecuencia, los elementos de control son un equipamiento más de los edificios públicos, como lo son un ascensor o las instalaciones, y los técnicos deben afrontarlos como un tema más de proyecto para intentar resolverlo de la manera más honesta y eficaz posible.